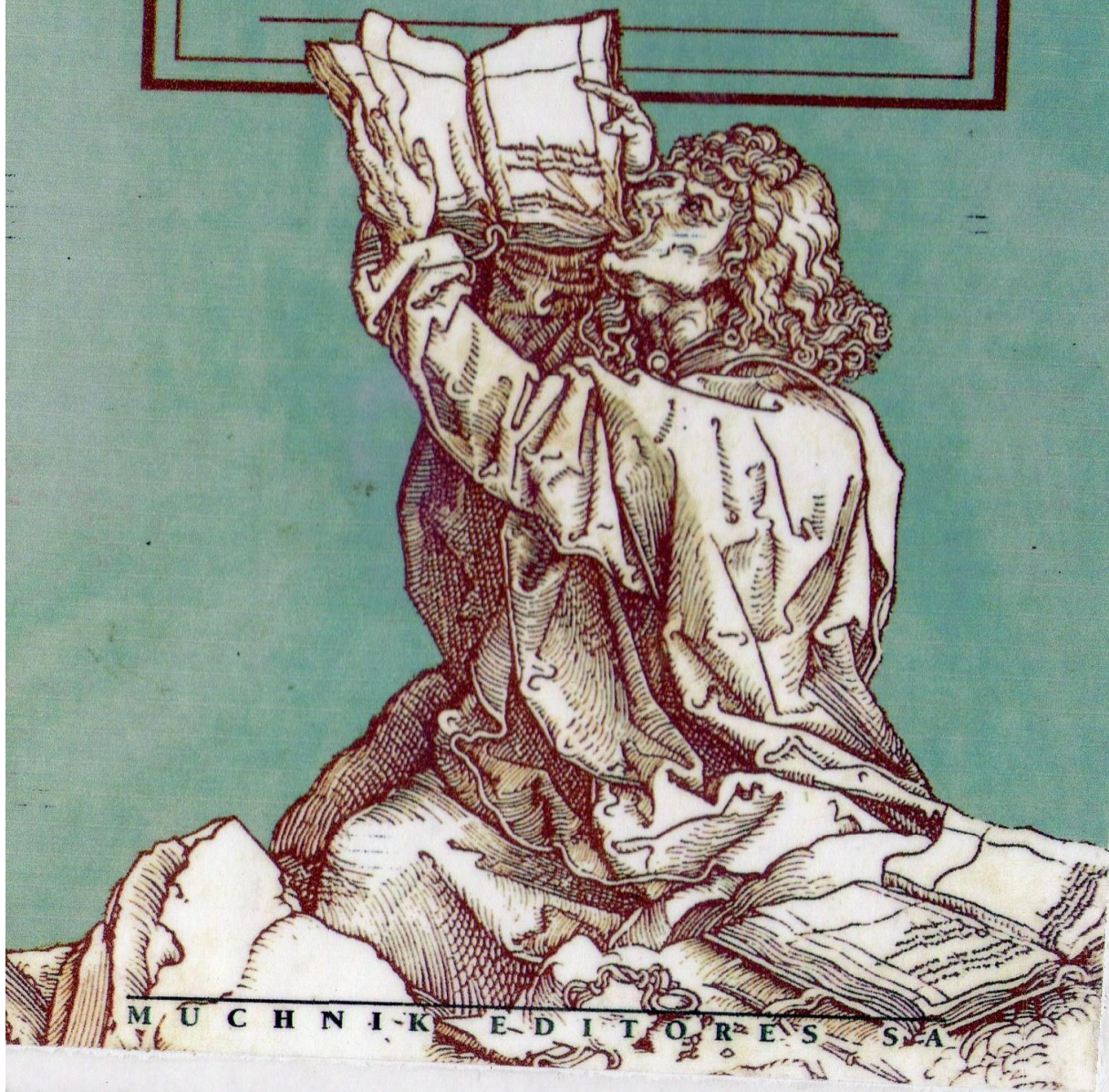


ELÍAS CANETTI

LA  
*lengua*  
ABSUELTA



M U C H N I K E D I T O R E S S . A

Primera edición: 1980  
Segunda edición: 1981  
Tercera edición: 1985  
Cuarta edición: 1994

Título de la edición original: *Die Gerette Zunge*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión  
en cualquier otra forma o por cualquier otro medio,  
sea éste electrónico, mecánico, reprográfico gramofónico u otro,  
sin el permiso previo y por escrito de los  
titulares del COPYRIGHT:

© 1977 by Carl Hanser Verlag  
© 1994 by Muchnik Editores, S.A., Balmes, 25, 08007 Barcelona

Cubierta: J & B

Ilustración: *San Juan devorando el libro*, de la serie *El apocalipsis*,  
Xilografía de Alberto Durero (detalle).

ISBN: 84-85501-33-0

Depósito legal: B.31.090-1994

Impreso en Romanya Valls - Capellades

Impreso en España - Printed in Spain

ELÍAS CANETTI

## LA LENGUA ABSUELTA

Autorretrato de infancia

Traducido del alemán por  
Lola Díaz

El primer curso de la escuela era numeroso; yo no conocía a nadie y era lógico que mis pensamientos se dirigieran a unos pocos compañeros cuyos intereses se relacionaban con los míos. En cuanto alguno dominaba algo que a mí me faltaba, yo quedaba capturado y ya no lo perdía de vista. Ganzhorn era excelente en latín, y aunque yo ya venía muy adelantado de Viena, él podía medirse muy bien conmigo. Pero esto era lo de menos; nadie dominaba como él los caracteres griegos. Los había aprendido solo, y como escribía mucho —se consideraba poeta—, la escritura griega se había convertido en su código secreto. Llenaba cuaderno tras cuaderno y cuando terminaba uno me lo entregaba; yo lo hojeaba sin poder leer ni una palabra. No me lo dejaba mucho rato; en cuanto le había expresado mi admiración por su capacidad me lo quitaba de las manos y a velocidad increíble y ante mis ojos, empezaba otro. Su entusiasmo por la historia griega no era menor que el mío. Eugen Müller, que nos enseñaba esa materia, era un profesor maravilloso, pero mientras que lo que más me interesaba a mí era la libertad de los griegos, a Ganzhorn sólo le preocupaban sus poetas. No le gustaba admitir que todavía no sabía nada de su lengua. Tal vez ya la hubiera empezado a estudiar por su cuenta, pues hablábamos de que a partir de la tercera clase nuestros caminos se separarían —él quería entrar en el *Gymnasium* literario— y cuando yo, respetuoso y un tanto envidioso, le decía: «¡Tendrás griego!», él declaraba arrogante: «Lo aprenderé antes». Yo le creía, no era un fanfarrón, hacía todo lo que decía y hacía muchas cosas que no pregonaba. Su desprecio por todo lo común y corriente me recordaba mucho a la actitud habitual de mi casa. Pero él no daba explicaciones: si se hablaba de algo que no parecía digno de un poeta, giraba la cara y callaba. Su cabeza, alargada y estrecha, como comprimida, alzada y ligeramente ladeada, tenía algo de navaja siempre abierta, que nunca se cerraba; Ganzhorn era totalmente incapaz de una palabra vil o malintencionada. En medio de la clase, parecía que estuviera aislado. Nadie se sentía cómodo copiándole; él parecía no notar nada, no acercaba su cuaderno pero tampoco lo alejaba; copiar era una acción despreciable, y dejaba a cargo de los demás los detalles de su ejecución.

Cuando llegamos a Sócrates mis compañeros se divirtieron poniéndome este nombre de apodo, quizás para que les pesara

menos el destino del gran hombre. Esto ocurrió como de paso y sin significados profundos, pero ahí quedó, y a Ganzhorn la broma le sacaba de quicio. Durante mucho tiempo estuvo ocupado escribiendo, de vez en cuando me lanzaba una mirada escudriñadora y movía solemnemente la cabeza. Al cabo de una semana concluyó un nuevo cuaderno, pero esta vez dijo que quería leérmelo. Era el diálogo entre un poeta y un filósofo. El poeta se llamaba Cornutotum, cuerno entero, y era él, pues le gustaba traducir su nombre, Ganzhorn, al latín; el filósofo era yo. Volviendo mi nombre del revés había conseguido otro bastante odioso: Saile Ittenacus. No tenía nada que ver con Sócrates, era un sofista común, uno de aquellos a quienes Sócrates solía atormentar. Pero en el diálogo esto era secundario; lo más importante era que sobre cada tema el poeta le ganaba al pobre filósofo, lo hacía pedazos, dejándolo al final completamente aniquilado. Ganzhorn me leyó triunfante esta batalla intelectual; no me sentí ofendido en lo más mínimo. A causa del giro de mi nombre, me costaba relacionarlo conmigo mismo; me habría sentido herido si hubiera usado mi propio nombre. Estaba contento en cambio de que me leyera uno de sus cuadernos, me sentía halagado, era como si me hubiera iniciado en sus misterios griegos. Nada cambió entre nosotros, y cuando, tiempo después —tímidamente para ser él—, me preguntó si no había pensado en escribir un contra-diálogo, me quedé francamente atónito: él tenía toda la razón, yo estaba totalmente de su parte, ¿qué era en definitiva un filósofo al lado de un poeta? No hubiera sabido qué poner en un contra-diálogo.

Ludwig Ellenbogen me tenía impresionado por motivos muy diferentes. Había llegado de Viena con su madre, tampoco él tenía padre. Wilhelm Ellenbogen era miembro del parlamento austríaco, un famoso orador al que yo había oído nombrar mucho en Viena. Cuando le pregunté a mi compañero por esta celebridad me dejó sorprendido la tranquilidad con que me contestó: «Es mi tío». Sonaba como si le fuera totalmente indiferente. Pronto comprendí que era así en todo; parecía mayor que yo, y no por ser más alto, porque casi todos lo eran. Se interesaba por cosas de las que yo no sabía nada, de las que uno se enteraba por casualidad pues Ellenbogen no alardeaba nunca sino que se mantenía al margen, sin orgullo y sin falsa modestia, como si sus ambiciones no estuvieran en el curso.

No era un chico callado, aceptaba cualquier conversación; sencillamente no le gustaba sacar a relucir *sus* cosas, quizás porque ninguno de nosotros sabía nada acerca de ellas. Mantenía breves charlas con nuestro profesor de latín, Billeter, que difería de los demás profesores no sólo porque tenía bocio; leían los mismos libros, y mencionaban títulos que ninguno de nosotros había oído jamás, entraban en detalles, los juzgaban, y por lo general tenían las mismas opiniones. Ellenbogen hablaba con tranquilidad y concretamente, sin apasionamientos juveniles; antes bien era Billeter el caprichoso. Cuando entablaban un diálogo, toda la clase los escuchaba sin entender nada, nadie tenía la menor idea de lo que se discutía. Al final, Ellenbogen seguía tan impasible como al principio; Billeter, en cambio, mostraba cierta satisfacción por aquellas conversaciones, y sentía respeto por Ellenbogen a quien, en ese momento, no le preocupaba demasiado lo que se aprendía en la clase. De todos modos, yo estaba seguro de que Ellenbogen tenía que saberlo todo; en realidad no lo incluía entre los demás chicos. Me gustaba, pero de la manera como me hubiera gustado un adulto, y ante él me sentía un poco avergonzado de que me interesaran vehementemente ciertas cosas, especialmente lo que nos enseñaba Eugen Müller en clase de historia.

Porque lo que en realidad me poseyó por primera vez en aquella escuela fue la historia griega. Seguíamos los libros de Öchsli, uno de historia general y otro de historia suiza. Me precipité sobre ambos a la vez, pasando de uno al otro con tanta rapidez, que se convirtieron en un solo libro para mí. La libertad de los griegos se me mezcló con la de los suizos. Cuando los volví a leer desde el principio, me enfrascaba en uno u otro resarciéndome del sacrificio de las Termópilas con la victoria de Morgarten. La libertad de Suiza la vivía como algo de impetuosa actualidad, sintiéndola dentro de mí: por ser dueños de *sí mismos*, por no estar bajo las órdenes de ningún emperador, habían logrado no entrar en la guerra mundial. Los emperadores, como jefes supremos, me daban náuseas. El kaiser Franz Joseph casi no me interesaba, era muy viejo y cuando aparecía en público casi no hablaba, la mayoría de las veces sólo articulaba una frase; comparado con mi abuelo parecía aburrido y desvitalizado. Le habíamos cantado diariamente: «Aufwacht, Gott le proteja», parecía necesitar terriblemente

protección. Mientras cantábamos, jamás miraba su retrato, colgado detrás de la cátedra, y trataba de no imaginármelo. Quizás Fanny, la criada bohemia, me había contagiado un poco su aversión por el kaiser; no parpadeaba si alguien lo mencionaba, como si el kaiser no existiera; un día al volver de la escuela me preguntó irónicamente con su peculiar manera de hablar: «¿Habéis cantado de nuevo al kaiser?».

En cuanto a Wilhelm, el kaiser alemán, siempre lo imaginaba con una armadura resplandeciente; también oía sus diatribas contra Inglaterra. Cuando ésta entró en el juego me puse de su lado; después de todo lo absorbido en Manchester estaba firmemente convencido de que los ingleses no querían la guerra y que quien la había empezado era el emperador alemán al invadir Bélgica. No era menor mi aversión a los zares rusos. A los diez años oí mencionar el nombre de Tolstoi en una visita que hicimos a Bulgaria; me explicaron que era un hombre maravilloso que consideraba la guerra como un crimen y que no había tenido reparos en decírselo así a sus emperadores. A pesar de que hacía años que había muerto, se hablaba de él como si estuviera vivo. Ahora, por primera vez, me encontraba en una república, alejado de todo régimen imperial; ávidamente me zambullí en su historia. Era posible deshacerse de un emperador, uno debía *luchar* por su libertad. Antes que los suizos, mucho antes, los griegos habían logrado alzarse contra una potencia terriblemente superior, y salvaguardar la libertad que ya habían ganado.

Decir esto hoy me suena apagado, pero entonces estaba borracho con estas teorías; asaltaba con ellas a todo el que se me pusiera delante y llegué a inventar cánticos bárbaros con los nombres de Maratón y Salamis, y los cantaba enardecido en casa, repitiendo mil veces las tres sílabas, hasta que mi madre y mis hermanos me obligaban a callar porque les daba vértigo. Este era el resultado que indefectiblemente tenían en mí las clases de Eugen Müller. Cuando nos hablaba de los griegos abría enormemente sus ojos como un vidente ebrio; ni nos miraba, sólo miraba aquello de lo que hablaba; su habla no era rápida sino incesante, tenía el ritmo de espesas olas de mar; que se librara batalla terrestre o marina, siempre parecía que se estaba en medio del océano. Con la punta de los dedos se secaba la frente, que solía estar cubierta de un ligero sudor

y a veces se pasaba la mano por sus ensortijados cabellos, como si soplara viento. La hora declinaba con su deleitable entusiasmo; cuando tomaba aliento para un nuevo arrebatado era como si bebiera.

Pero a veces se perdía tiempo, que era cuando nos interrogaba. Nos hacía escribir composiciones que luego comentaba con nosotros. Entonces uno lamentaba cada minuto en que, de otro modo, nos hubiera arrastrado consigo al océano.

Yo me ofrecía a menudo a contestar a sus preguntas, para acabar rápidamente, pero también para probarle mi amor y mi interés por cada una de sus frases. Mis palabras pueden haber sonado como la prolongación de su propio entusiasmo, fastidiando a mis compañeros, de los cuales algunos eran más lentos. No habían vivido bajo ningún imperio, la libertad de los griegos les traía sin cuidado. Daban la libertad por sentada, no tenía por qué ser conquistada por intermedio de los griegos.

En esa época yo estaba aprendiendo tanto de la escuela como de los libros. Todo lo que aprendía de viva voz por boca de los profesores, conservaba el semblante de quien lo decía y así quedaba fijado para siempre en mi recuerdo. Pero aunque de ciertos profesores no aprendía nada, me impresionaban no obstante por sí mismos, por su aspecto peculiar, sus movimientos, su manera de hablar, y especialmente por sus simpatías o antipatías hacia nosotros, según cómo uno lo sintiera. Se daban todos los grados de calor y afecto, y no recuerdo a un profesor que no se esforzara por ser justo. Pero no a todos les era igualmente sencillo ser justos, esconder sus preferencias. A esto se añadía la variedad de recursos internos —la paciencia, la sensibilidad, la expectativa. Eugen Müller estaba obligado, por la temática que desarrollaba, a desplegar una alta dosis de entusiasmo y talento narrativo, y sin embargo aportó algo que superaba esa obligación. De esta manera quedé a su merced desde el principio y contaba los días de la semana contando sus clases.

Fritz Hunziker, el profesor alemán, tenía más dificultades. Era una naturaleza un poco más seca, en lo cual posiblemente influía su extraña talla, cuyo efecto no era mejorado por su voz un tanto chillona. Era alto, de tórax estrecho y parecía que se paraba sólo sobre una larga pierna; cuando esperaba una respuesta caía en un paciente silencio. No importunaba a nadie pero tampoco indagaba en nadie, su escudo era una sonrisa.

cástica a la que se aferraba; la mantenía incluso cuando era im-  
procedente. Su conocimiento era equilibrado, demasiado catego-  
rizado tal vez, de cualquier forma uno no se quedaba pasmado  
ante él, aunque tampoco desorientado. Su sentido de la medida  
y del comportamiento práctico era muy acusado. No valoraba  
mucho ni la precocidad ni la exaltación. Yo no iba descaminado  
cuando lo consideraba como el antípoda de Eugen Müller. Tiem-  
po después, cuando Hunziker regresó, tras una ausencia, me di  
cuenta de lo erudito que era, sólo que a su erudición le faltaba  
arbitrariedad y emoción.

Gustav Billeter, el profesor de latín, tenía un estilo mucho  
más personal. Hasta el día de hoy me asombra el coraje con  
que se presentaba a la clase, día tras día, con su gigantesco bo-  
cio. Prefería colocarse delante, en el rincón izquierdo del aula,  
desde donde nos ofrecía la parte menos prominente de su bo-  
cio, con el pie izquierdo apoyado en un taburete. Entonces se  
ponía a hablar fluidamente, en voz baja y suave, sin enarde-  
cimientos inútiles; si se enfadaba, para lo cual a veces no le  
faltaban motivos, nunca levantaba la voz sino que hablaba algo  
más rápidamente. El latín elemental que tenía que enseñarnos  
debía aburrirle y probablemente por eso su actitud era tan hu-  
mana. Los que sabían poco no se sentían apremiados ni mucho  
menos anulados, y los que sabían mucho latín no por ello se  
sentían más importantes. Sus reacciones nunca eran previsibles  
pero tampoco se las temía. Una corta y suave ironía era todo  
lo que se permitía, no siempre se la entendía, más bien era como  
un chiste privado que se hacía a sí mismo. Era un devorador de  
libros, pero nunca decía nada acerca de los que le interesaban  
de verdad, de manera que no anoté ningún título. Ellenbogen,  
al que apreciaba y con quien le gustaba conversar, tenía —sin  
su ironía— el mismo estilo superior y carente de emociones.  
Tampoco valoraba excesivamente la importancia del latín que  
nos enseñaba. Billeter se dio cuenta de que mi ventaja sobre  
la clase era injusta y me dijo una vez con toda claridad: «Eres  
más rápido que los otros. Los suizos son más lentos. Pero  
luego se recuperan. Te vas a sorprender». Sin embargo, no  
tenía nada de xenófobo, como lo pude observar por su amistad  
con Ellenbogen. Me di cuenta de que Billeter estaba abierto a  
la gente, su carácter era cosmopolita y creo que debía escribir  
—y no sólo para sí mismo.



**Elias Canetti** creció a las orillas del Danubio, en el abigarrado mundo balcánico, entre búlgaros, griegos, albanos, rumanos, armenios, rusos y gitanos. Canciones turcas y viejos romances españoles acompañaron sus primeros pasos en el seno de una próspera familia judía sefardí. Dos pasiones tempranas y permanentes marcaron su vida: la figura de su madre, y ese amor por la literatura que ella le transmitió.

Este libro permite observar cómo, a partir de los primeros años de colegio, se forja la personalidad de Canetti: indómito, indagador, intransigente. Como luego dijera de sí mismo: «existen pocas cosas negativas que yo no haya dicho del hombre y de la humanidad». Pero su carácter crítico se teñía de una pasión que tornaba fascinante su visión del mundo.

Una provocación autoanalítica, profunda y perspicaz, que se deja leer como una novela.

ISBN 84-85501-33-0



9 788485 501335

---

AUTOBIOGRAFÍA